



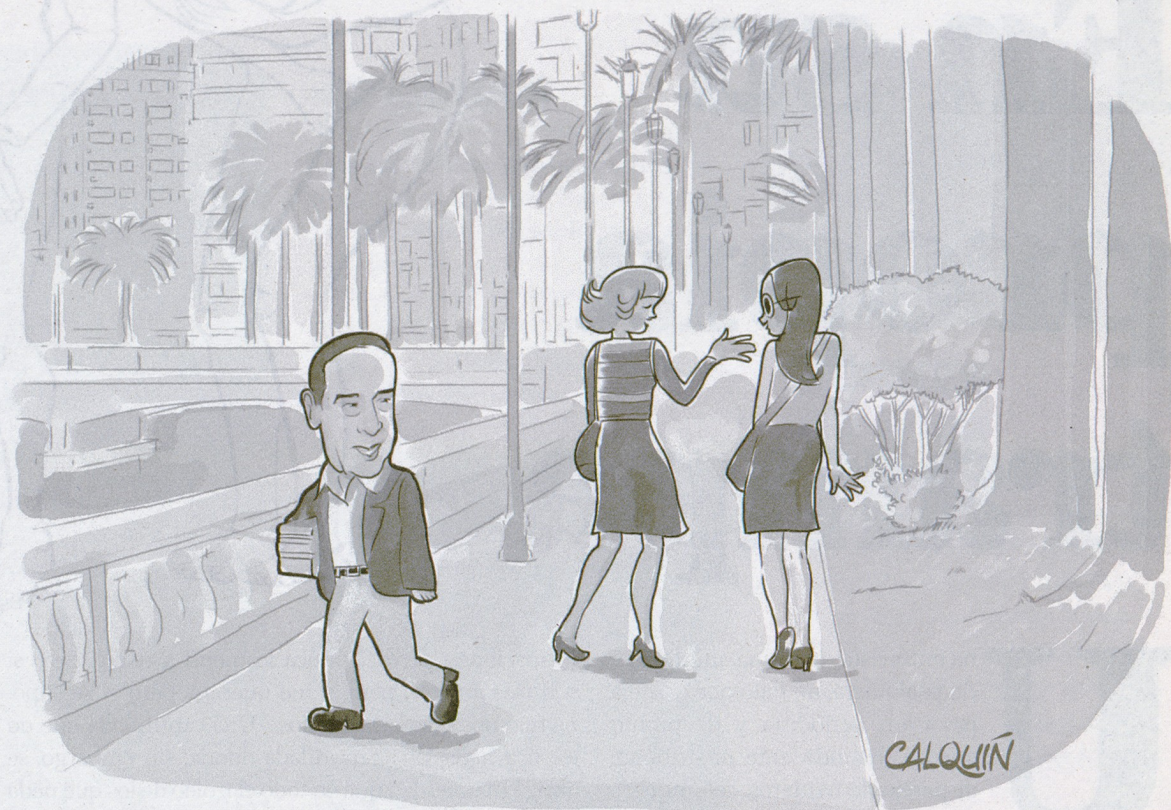
El big bang provinciano de Arturo Alcayaga (1915-1984)

ENTRECULO, CONTRASOLES Y BAJOPREPUCIOS

Hastados de su conducta ganadora y presumida, “palomilla” y “re hinchapelotas”, los enemigos de Alcayaga recurrieron a una de las variantes más ordinarias del ninguneo chileno. Al modo de un humorista de la tele o de un molesto de octavo básico, la insidia no encontró otra vía de expresión que el contraste entre las imperfecciones físicas y las ambiciones espirituales. El poeta, de acuerdo a esa manga de peladores, era apenas un petiso que escribía sobre galaxias y magnitudes astronómicas con el fin de compensar la pequeñez de su cuerpo. Pero si la estatura sería aquí el foco de las burlas, sin descuento de los apreciables tacos que el aludido usaba para enaltecer su perspectiva, tampoco podría decirse que el contraataque fuese un ejemplo de discreción o de corrección política. A juicio de Alcayaga Vicuña, Chile no pasaba de ser una hemorroides del mapamundi, “un residuo de las letrinas españolas”, “un país de enanos coronados”, incapaces de valorar las enormes hazañas artísticas que sólo él estaba acometiendo por entonces.

Hombre de un metro sesenta, aunque de rasgos que su camarada Alfredo González juzgaba concebidos para un gigante, el autor de “Las ferreterías del cielo” sometió al espacio y al tiempo a una radical metamorfosis, en abierto desacato a lo que indicaban los atlas, los calendarios y las huinchas de medir. Había en sus poemas tal cantidad de saltos, atajos, giros, estirones y apiñamientos, que la crítica creyó ver en ellos las coordenadas de un nuevo universo, un “supercosmos” donde tendían a confundirse lo microscópico y lo inmenso, Valparaíso y el infinito, la vida doméstica y el paisaje de lejanos planetas. La obra de Alcayaga – se dijo– es la única que pudiera interesar al lector de otras constelaciones, y su audacia resulta equiparable a la de un piloto antigravitacional que experimentase con la literatura del futuro. A estos halagos cabría añadir una constante tendencia al autobombo, previsible en el caso de un sujeto que solía hiperventilarse y que se tenía a sí mismo como un espécimen superior, “insoportablemente alto”. Basándose en las imágenes de su ópera prima, de 1948, Alcayaga se preciaba incluso de haber anticipado el doble efecto de los primeros viajes a la Luna: una notoria pérdida de calcio en los huesos y un aumento de tres centímetros en el porte de los astronautas.

La gestación de un nuevo universo no se desplegaría esta vez sin la correlativa producción de un nuevo idioma. Quienes lo estudiaron en detalle, como Juan Uribe y Mariano Latorre, entendieron al porteño como un hábil asesino del léxico y la gramática, sobre todo por la manera en que redimía a las partes menos cotizadas de la lengua castellana. Dentro del supercosmos, tanto los adverbios como las preposiciones cobraban una importancia muchísimo mayor a la de esas listas escolares que se aprenden a regañadientes, y que ahora se expandían hacia frases y vocablos desconocidos: “contratierras”, “sobrecerros”, “antemontes”, “trascielos del ninguno”, “certidumbres del acaso” y “todavía del cayendo”. Así dispuesto, lo de Alcayaga fue visto en general como un método revolucionario,



A juicio de Alcayaga Vicuña, Chile no pasaba de ser una hemorroide del mapamundi.

y hasta se le atribuyeron coincidencias con la teoría lingüística de Ferdinand de Saussure. Acrobacias parecidas podían buscarse en las páginas de Oliverio Girondo, Vicente Huidobro o Alfonso Reyes, pero lo cierto es que existía cuando menos un ítem –el del sexo interestelar– en el que nadie le llegaba siquiera a los talones. El firmamento de Alcayaga era sin lugar a dudas un firmamento sexualizado, con estrellas dotadas de falo o de vagina, con diosas pechugonas y seres que eyaculaban soles, con tormentas en las que abundaban las “entrenalgas”, los “antesenos”, los “desdecoitos” y los “bajoprepucios”.

Dado que la novedad no siempre es garantía de progreso, aún quedaban resquicios para seguir desacreditando los flamantes engendros de Alcayaga. Si en respuesta a su lenguaje hubo caras de ahogo, lata y consternación, nada aseguraba que el mundo supercósmico fuese de gusto unánime. Las distorsiones espaciales parecían potencialmente ventajosas para los hombres de la periferia, de las provincias o de las clases bajas, aunque no necesariamente para las mujeres, los locos y los presos. A tal sospecha contribuirían, claro está, algunos datos biográficos y algunas costumbres poco gentiles, como los obscenos piropos que el poeta les lanzaba a las damas por las calles del puerto, o sus planes de “sátiro”, “violador” y “descartuchador de vírgenes”. Médico de profesión, Alcayaga se tituló con una tesis que evaluaba la conveniencia de esterilizar a los pacientes esquizofrénicos; y en 1955, cuando mandó a imprimir “Las ferreterías...”, puso a los reos de la cárcel de Valpo ante una segunda condena, la de obedecer sus innumerables caprichos sobre el uso de tipografías, tintas de colores, cursivas, negritas y hasta portadas de cobre y acero.

No hay acuerdo, por el momento, en cuanto a la ciudad ni a la fecha exacta en que nació. Sí se sabe que estuvo viviendo en el Hotel Inglés de Curacaví y en un departamento de Avenida Libertad, en Viña. Entre sus refugios predilectos deben contarse, además, la librería El Pensamiento y el restorán La Puerta del Sol, nombres con una resonancia siniestra o afortunada, según se mire. Ambos estaban emplazados en Valparaíso, a cuyas gaviotas les había torcido literariamente el pescuezo sin que ello le acarrearla perder su carta de ciudadanía. Gracias al subsidio de su madre y a pesar del reducido sueldo que ganaba como director del Hospital de Casablanca, Alcayaga se desplazó con frecuencia hacia las grandes capitales europeas. De regreso, y aun cuando ya se apoyara en bastones y hubiese enfermado de muerte, continuaba jactándose de sus gestas amoratorias mientras mordía un ajo y sacudía su fino traje blanco.

Pariente de Gabriela Mistral, a quien respetaba en público pero repudiaba en privado, el artista no sólo destacó por su vena poética. Junto a sus tres libros publicados y a los muchos que anunció o que se extraviaron antes de pasar por imprenta, vale hacer mención de su destreza como bailarín de cueca y de su sólida carrera en el campo de la pintura. Aquel “hombrecito” que imaginara nebulosas con forma de espuela o de jaiba, y al que los expertos entroncasen con la “action painting”, se las arregló para exponer en París y Barcelona, metrópolis que no parecieron amilanarse ante las trabas que Alcayaga impondría a los espectadores: tenderse de guata, usar las manos como visera, mantenerse así durante media hora y, en lo posible, acelerar el pago de cien mil dólares por cada una de sus gigantescas telas. ◀

PASAJE ESCOGIDO

“¡Oh, el dardo del tiempo quebrado en las guerras del espacio! (...) ¡Oh, calientes ubres de la galaxia, desde vuestro fondo brota el falo del orbe

como la callampa rural brota! (...) Entrenalgas flotaba / entrealgodones del cielo y entrenubes / entreculos y entremundos”.